

de todos los países, alimentado por la perpetuamente renovada esencia de la vida, entonces será como la vida misma en su sentido eterno y cósmico: semilla, germinación, madurez, insurgencia y renovación... ¡La Vida!

Debemos quitar al espectro marxista sus rasgos de dogma o de tabú —el fuego ultra-rojo, más allá del ala izquierda cuando llega a lo que Lenin llamó infantilismo, o los rayos infra-violeta de la

derecha que parecen senilidad. Rechazarlo ciegamente o someterse a la rigidez sectaria es ofensivo a la sabiduría y a la cultura moderna. El espectro ya humanizado puede perder su grandeza dramática y fiera, pero gana capacidad de servicio, vitalidad, simpatía generosa y fuerza difusiva. Así se abre el camino aéreo para la paz con victoria. ¡Arriba y adelante!

K A R L M A R X

P O R H A R O L D J. L A S K I

UNA generación que ha visto defender tal doctrina con ametralladoras y bayonetas, no es fácil que le conceda menor importancia de la que tiene. No es posible tampoco negar que la evolución social ha seguido en no pocos casos el curso que Marx predijo. A quien lea la historia de la lucha industrial en los Estados de Colorado y de Virginia Occidental, le será difícil encontrar un límite de aberración que el capitalismo no haya estado firmemente dispuesto a sobrepasar. La forma en que han sido tratados los comunistas en Hungría y en Finlandia tiene exactamente los caracteres que Marx previó. Una comunidad aislada, como los mineros de Gales del Sur (Australia), se torna espontáneamente al comunismo en el ambiente de incompetencia y de maltrato creado por sus jefes. Y el gobierno representativo, por lo menos en su forma clásica, no parece justificar las grandes esperanzas que en él pusieron sus expositores benthamistas. Todos los países que han experimentado el sufragio universal han sufrido una desilusión. Hasta es un lugar común sostener que la razón

cuenta poco en las luchas políticas y que hay que confiar en los impulsos irracionales que buscan nada más la satisfacción de deseos individuales. Es posible que haya subido el nivel general de la civilización que excita, por ejemplo, una creciente aversión a imponer penas excesivas; pero nada revela que el conflicto de clases haya disminuído. Por el contrario, los acontecimientos de la última década indican claramente que se ha agravado y que hemos entrado en un período que ataca por su base misma, los derechos de propiedad. Es por demás indiscutible que el precio que ha pagado el capitalismo para poder sobrevivir, ha sido el ofrecimiento de concesiones que una generación antes hubieran parecido no sólo innecesarias, sino increíbles.

Pero la semejanza de la situación general con el estado de cosas que Marx preveía, no justifica suficientemente los principios en que éste se fundaba. En primer lugar, la organización de una revolución es hoy un problema distinto de lo que era en los días de las barricadas de

HAROLD J. LASKI, nació en 1893 y es actualmente profesor de la Escuela de Economía y Ciencias Políticas de Londres. Sostenedor de la teoría pluralista de la soberanía, Laski constituye una de las figuras más vigorosas de Inglaterra dentro del pensamiento científico contemporáneo. De los libros de Laski, se encuentran traducidos al castellano: Comunismo, Introducción a la Política, El Estado Moderno, Derecho y Política, La Crisis de la Democracia y Karl Marx, del cual reproducimos uno de los capítulos sobre la doctrina marxista, recientemente anotado y vertido a nuestra lengua por Antonio Castro Leal.

París. Es posible que una población civil enfurecida logre derrocar a un régimen que carece del apoyo del ejército y de la marina, y que, como ya lo demostró Cromwell hace mucho, una fuerza militar decontenta de sus jefes civiles pueda dominarlos sin dificultad. Pero es muy distinto el caso de un grupo de hombres en la situación que tienen los comunistas en el Estado moderno. A menos que constituyan la mayoría, y por lo tanto, el gobierno, la hostilidad del ejército y de la marina es inevitable. Además, no podrán obtener en grandes cantidades los petrechos necesarios para una sublevación. Tendrían que apoderarse de los arsenales nacionales, lo cual significa, en cualquier caso, una dispersión de fuerzas. Tendrían que encontrar en el pueblo, por lo menos, un sentimiento de aquiescencia. Tendrían que garantizar la provisión de víveres que, exceptuando una sociedad eminentemente agrícola, sería imposible si la revolución dañara seriamente el crédito internacional. Aun considerando que una huelga general equivalga en las condiciones de la industria moderna, a una revolución, las dificultades serían abrumadoras. Es muy fácil que una huelga general tenga éxito como protesta contra una guerra porque las sombras de presagio de ésta pueden provocar decisiones irresistibles; pero en una cuestión menos dramática, parece muy probable que, para estar seguros de su triunfo, los huelguistas tendrían también que contar con el ejército y la marina. Porque un ejército moderno no puede atender todos los servicios de transporte, así como asegurar la distribución de víveres, y el problema del combustible dependa cada vez menos del carbón mineral. La previsión marxista de una minoría armada en secreto que se adueña del poder de un golpe, es inverosímil en el Estado moderno. Requeriría la existencia de un gobierno tan débil que casi no fuera ya gobierno, o, lo que es acaso igual, una población en activa simpatía con el grupo revolucionario. Los recursos de publicidad de nuestra época hacen imposible la preparación en secreto del intento gigantesco que supone la hipótesis de Marx.

Pero esto no es más que el principio de las dificultades. El análisis de Marx suponía un sistema de Estados cuya vida estaba determinada principalmente por consideraciones económicas y que gozaban de una relativa independencia respecto a sus vecinos. En el mundo moderno, estas dos suposiciones son ciertas sólo en parte. Una nación como Inglaterra, que depende por completo del comercio exterior, no podrá realizar una revolución con éxito, sino en el supuesto de que sus vecinos vieran sus re-

sultados con buenos ojos; tal actitud, por parte, por ejemplo, de los Estados Unidos, es muy poco probable, y la ruptura del comercio angloamericano sería fatal para cualquiera revolución en Inglaterra. Pero no es esto todo. Está claro que las divisiones que en su desarrollo provoca una revolución, serán determinadas en muy pequeña parte por consideraciones económicas. En un país como los Estados Unidos de América, por ejemplo, habría por lo menos tres nuevos factores de vital importancia. Una revolución comunista yanqui tendría que enfrentarse con problemas de distancia, que probablemente la harían abortar en sus primeras etapas. No sería el caso, como en Francia, del formidable empuje de la capital sobre la vida del país; Washington es una ciudad relativamente insignificante en la perspectiva norteamericana. Dominar todo el territorio implicaría dominar la red ferroviaria más complicada del mundo; aunque esta dificultad fuera vencida, habría que allanar el complejo de diferencias nacionalistas. Alemanes, franceses, ingleses, irlandeses, polacos, todos éstos tienen sus características especiales que el capitalista yanqui ha sabido explotar para desventaja de todos ellos; es difícil saber cómo un llamamiento a la minoría comunista de cada grupo, podría borrar estas diferencias. Pero aunque así fuera, queda el problema religioso; el dominio que la Iglesia tiene sobre los espíritus, especialmente en los latinos, no iba a perderlo fácilmente. Para Marx que insistía solamente en los motivos económicos, es fácil ignorar estas dificultades; pero es una visión demasiado estrecha no darse cuenta inmediata de que pueden existir otros estímulos igualmente poderosos. Y aunque sostuviéramos que Marx supusiera que en nuestra época habían desaparecido los prejuicios hijos de la nacionalidad y de la religión (lo que es dudoso), y que las barreras levantadas por las diferencias económicas fueran en la actualidad las únicas importantes, sus conclusiones no serían válidas. Porque en una época de sufragio universal debería ser posible ganar el poder en las urnas electorales y dejar al capitalista el estigma de rebelarse contra una democracia socialista.

Pero hay otros aspectos del problema que Marx no consideró debidamente. En primer lugar, las consecuencias generales que sobre la sociedad tiene la práctica de la violencia, especialmente si se piensa en el carácter destructor de la guerra moderna y, en segundo lugar, las consecuencias psicológicas especiales sobre los agentes de las fuerzas enemigas de tal régimen. Marx no tomó en cuenta estas posibilidades, tanto porque juzgaba que el conflicto era de todos

modos inevitable, como porque estaba convencido de que cualquier sacrificio que se hiciera lo justificarían finalmente los resultados. Esta actitud es, naturalmente, sólo un ejemplo de la poca importancia que en general daba a los valores de psicología política. Es también, en parte, el corolario de un determinismo que los hechos en cuestión no justifican de ningún modo. Porque es evidente que si la revolución, con todas sus violencias, está justificada en causas en las que tenemos una profunda convicción, no habría ni seguridad ni orden en ningún Estado moderno. La guerra mostró claramente que, una vez desencadenados los impulsos salvajes que reprime la paz, se destruye la base de una existencia decorosa. Si la vida se vuelve una *jacquerie* continua y organizada, la civilización puede fácilmente llegar al punto en que, como en el cuadro imaginario, pero no inverosímil, de Wells, algún anciano sobreviviente hable de una Europa ordenada como de una leyenda que sus nietos sean incapaces de comprender. Porque la violencia en gran escala, lejos de conducir al comunismo, provocaría una forma de vida en la que no podrían aparecer los impulsos que hacen posible un Estado comunista. Porque la condición del comunismo es la represión de esos mismos apetitos que la violencia desencadena, y Marx no indicó en ninguna parte cómo podría evitarse esta dificultad.

Pero, además de esta cuestión, hay que considerar otro punto. Marx suponía, después de la conquista del poder, un período de severa dominación hasta que el pueblo estuviera preparado para el comunismo. Pero no explicó cuál será la duración aproximada de ese período, ni qué seguridad hay de que los que ejerzan tal dictadura estén dispuestos a entregar el poder en el momento apropiado. Es caso sabido en la historia que el poder envenena a los que lo ejercen, y no hay razón para suponer que el dictador marxista sea en este punto distinto a los demás hombres. Y, *ex hypothesi*, será más difícil vencer su inquina, ya que en su régimen será imposible la oposición. No hay grupo de hombres que, habiendo ejercido poderes de despota, permanezca fiel a la práctica de la responsabilidad democrática. Esto es evidente, por ejemplo, en casos como los de Sir Henry Maine y Fitzjames Stephen, quienes, habiéndose habituado en la India al gobierno autocrático, a su regreso a Inglaterra les impacientaba el lento proceso de persuasión que exige la democracia. El ejercicio permanente del gobierno va alejándose inevitablemente del espíritu y de las necesidades de los gobernados. Porque la clase gobernante adquiere un interés en sí misma, un

deseo de permanencia, un anhelo, acaso, de mantener la dignidad y la importancia de su función, y se esforzará por conservar el poder. Esto, después de todo, no quiere decir más que todos los sistemas de gobierno crean un sistema de hábito, y afirmar como corolario que la dictadura marxista engendrará hábitos funestos para la institución del régimen que Marx veía en perspectiva. El vicio específico de todos los sistemas históricos de gobierno, ha sido la tendencia inevitable a identificar sus propios intereses con el bienestar público. Decir que los comunistas pueden hacer lo mismo, no es más que afirmar que son humanos. Y podría agregarse que si entregan el poder en un plazo razonable, al hacerlo por causas que evidentemente no son de naturaleza económica, desvirtuarían con ello la verdad de la interpretación materialista de la historia.

Pero hay que notar que no han sido considerados los problemas éticos que todo esto plantea. Es evidente, por ejemplo, que implica la disolución completa de todo el proceso histórico. Y la disolución de la responsabilidad en la clase gobernante acaba con la personalidad de sus súbditos. En tal régimen no encajan las nociones de libertad y de igualdad. Y, sin embargo, es evidente que los dos defectos fundamentales del capitalismo, son su incapacidad de crear libertad e igualdad para la masa de hombres y mujeres humildes. Es decir, Marx imaginaba una situación que reproduce exactamente los vicios fundamentales del capitalismo, sin ofrecer ninguna prueba consistente de la extinción definitiva de ellos. Porque, después de todo, lo más importante es tratar de llegar a una civilización en la que la ciudadanía misma implique lo que Graham Wallas llamaba "la capacidad de iniciativa continua". Está claro que sólo una distribución más amplia del poder hará posible esa capacidad. Un hombre cuyos actos y cuyos pensamientos están a merced de otros hombres, pierde su personalidad; y esta pérdida existe también en la rigurosa centralización que Marx preveía. Es indudable que tenía razón al sostener que la distribución del poder económico en un Estado capitalista impide a la mayoría el ejercicio de tal personalidad; pero ese ejercicio tampoco parece realizable en el Estado que Marx imaginaba. Podemos ir más lejos y sostener que será imposible en cualquier Estado cuyas actividades tengan como causa y fin principal el incremento de la riqueza material. Ninguna sociedad podrá alcanzar su completo y final desarrollo, sino cuando el motivo principal de su existencia sea la capacidad de valuar las cosas del espíritu por encima de los productos materiales. Esto re-

quiere una sociología en la que los motivos económicos, exaltados por Marx, se valúen a un nivel más bajo. Pero está claro que para llegar a una situación en que ésto sea posible, es indispensable un sistema educativo muy distinto del actual, tanto en su amplitud como en sus finalidades. Es indispensable una transmutación total de valores, de modo que una mayor estimación del arte, que el estudio de la ciencia y de la filosofía, que el ejercicio, en fin, de todas las energías creadoras del hombre—, ahora esclavizadas—, sean el propósito inmediato y fundamental de la organización política.

Sin embargo, si en algo cuenta la experiencia histórica —y la filosofía de Marx no es más que la interpretación de experiencias históricas—, esta transmutación de valores es justamente lo que no podrá suceder en el desarrollo supuesto por Marx. Las invasiones de los bárbaros en Roma no produjeron gran arte ni gran cultura: produjeron las primeras sombras de la Edad Media. La Guerra de Treinta Años retardó en Alemania todo propósito constructivo, hasta los albores del siglo XIX. La experiencia de nuestro

tiempo tampoco es distinta. El idealismo de 1914 sucumbió al empuje superior de las fuerzas puramente destructivas que desencadenó la lucha. Y ya sabemos cuán débiles y frágiles son los vínculos de la civilización, y cuán improbable es que los robustezca ningún empeño que no sea el de la paz. Sobre este panorama, el conflicto previsto por Marx se levanta ante nosotros como el presagio de los mismos males de que queremos librarnos. Enciende en los hombres los impulsos contra los cuales la civilización es una protesta. Que el mal puede ser destruido con el mal; que somos víctimas de fuerzas ciegas e impersonales contra las que es inútil luchar; que los instintos que dominan al hombre no pueden ser superados por impulsos creadores; todo ésto y cosas semejantes son el evangelio de una desesperanza imposible. No cabe dudar que en este sentido tenían razón los socialistas de la vieja escuela, cuyo credo se fundaba en la doctrina del bien, la fraternidad y la justicia. Porque el bien y la fraternidad y la justicia descansan en el amor: no nacen, ni en los últimos extremos, de una doctrina fundada en el odio.

JULIO TORRI, profesor de Literatura de la Universidad Nacional. Espíritu fino y sagaz. Su prosa, del más sutil humorismo, es certera y depurada. Dentro de la lírica mexicana, su estilo marca un trazo de claro ejemplo.

GLORIA MUNDI POR JULIO TORRI

LOS vuelcos de la fortuna son siempre lastimosos, pero cuando el sujeto es un empleado público, tienen algo de ridículo, sobre todo entre nosotros donde los cargos duran tan poco, y entre quienes la estabilidad de las posiciones burocráticas se resiente algún tanto de la marejada política, que todo lo trastorna y derrueca.

Cierta infantilidad de nuestra psicología— signo de razas inteligentes— explica que nos cansemos hartos pronto de las gentes que tenemos delante de los ojos, escritores, gobernantes o artistas. La tabla de nuestros valores intelectuales y de cualquier otro orden, está gobernada por violentas sacudidas que las más veces no tienen otra causa sino la impaciencia de un público aburrido y ávido de todo cambio.

Muchos años hace que trabajaba yo en modesta sección de pomposo departamento. Mi jefe me ordenó cierta vez que arreglara en Industria un negocio de poca monta, pendiente, sin embargo, hacía meses. Con la grata perspectiva de salir

a la calle (reléase *The Superannuated Man* de Charles Lamb), dejé gozoso las mangas de lustrina, tomé el sombrero, y ya al partir escuché de nuevo las instrucciones de mi superior inmediato:

—Busque a Medrano, que conoce el asunto y allanará toda dificultad.

Pronto llegué en busca de Medrano al viejo palacio neo clásico donde residía el Ministro de Industria. Pregunto a porteros y conserjes por Medrano, y todos rectifican: —¡Ah, el señor Medrano!— y ponen rostros graves.

—Suba al principal, y hágase anunciar en la segunda puerta de la derecha.

Larga antesala en un salón oscuro con mugrienta alfombra y artesonado Renacimiento. Columnitas de alabastro por los rincones, con polvorientos candelabros de tintinantes almendras. Un largo diván empotrado en la pared ofrece cómodo asiento a una veintena de pretendientes, heroicos en su resignada cesantía.